



Fundador, director, redactor, colaborador, administrador, cobrador, vendedor y repartidor: UN SERVIDOR

DESBARATE TAURINO

SOBRE EL TOREO DEFORMISTA

Brindis de Pacomio Peribáñez.

Con el fin de presenciar el total eclipse de varias estrellas coletudas, estuvo una quincena (la última del pasado Abril) en la plaza de Cacabelos el popular cometa valladolisoletano D. Pocomio Peribáñez. (Le ponemos con don, porque es lo que se usa ahora entre los astros de la constelación del Boyero, los del grupo de las Siete cabrillas y los de los signos zodiacales de Tauro, Aries y Capricornio.)

A su llegada al hemicírculo cacabelano fué acogida la aparición de la estrella errante con gran estrépito de cohetes (obra de un coetáneo suyo), bombas de palenque y machacos en hierro frío; y en el trascurso de la quincena se le obligó á hablar en público varias veces, siendo una de sus oraciones torenses más sobresalientes de espada la que pronunció al amanecer del 27 de dicho mes «desde los rosados balcones de La Aurora» (Sociedad de seguros contra accidentes del ganado).

El discurso de Pacomio, á pesar de su transcendental importancia, no nos fué transmitido por cornigramas urgentes; y, si hoy tenemos la fortuna (que no llega á la de Indanecio) de poseer copia de la arenga, es debido á que se nos remitió por un propio que—en figura de istidro Labrador—ha venido desde tierras de Ponferrada con objeto de ver á Carreras, á la Aretina y á Mikasa. (Por cierto que, desde la llegada del buey paleto, mikasa parece la de Tócame Roque, ¡ay!...)

Seguros de que interesará á los desinteresados abonados de Mesquera el corniveleto discursillo de marras al herir, lo reproduciremos íntegro para sombrero-laz de los favorecelores de EL ARRASTRE.

He aquí las palabras testuzuales del astro:

SEÑORES:

No pensaba intervenir con mi capote charlamentario en el desbarate taurino; pero ha llegado éste á tal punto (comi), que cuantos vestimos taleguilla y nos cubrimos con la fámula (jele!, ésa es la que falta en la palabrota) estamos en el deber de hablar de la situación que se ha creado al arte de Montes y morenas por los enemigos de los cuernos.

Peroraba Bombita y aun nos alzaba el Gallo porque no presté mi concurso (concurso con cursiva, claro) á los planes del monopolizador de las Moscas, y es que yo estaba con la mía en la oreja última que se concedió por unanimidad á Rafael Calvo II.

¿Cómo prestar yo nada, si—al paso que voy—van á tener que darme capote cuando luzca otra vez en el firmamento «por donde los astros van», según dijo mi paisano José Zorrilla?

Además, en don Jinda'ecio hay algo con lo que no puedo estar acorde, y es el que no se acorde de mí, ¡de mí, que soy el imprescindible en la Acera de San Francisco, por donde arrastran sus pinreles los tataranietos del condé Asaúrez, y el cometa más trasnochado del Campo Grande, de ese misterioso jardín nocturno en que más de una hija de Zorrilla encuentra cascadas y follaje en que entretenerse. (Ovación, sin oreja, y voces de: «¡Viva el Pacomio!»)

Respecto de los anticlericales proyectos de los siniestros que constituyen el Desgobierno actual, me declaro conforme en absoluto con ellos. Yo también soy anticlerical desde los pies á la cabeza. Por eso no dibujo verónicas; por eso aborrecí las reses de Santamarta y huyo de las de Santa Coloma; por eso celebré la retirada de Conejito, porque era de Dios... (Aplausos, bravos y mansurrones.)

Dentro de esos planes hay uno (el del candado), proyecto «candado» en des-

acreditar; pero que ha de tener eficacia segura (segurita) en el mes de Octubre, cuando las mosqueras del estío y hastío hayan dejado de picar de refilón en vuestros bolsillos. (Murmillos de la selva y la silba.)

Y voy á terminar mi faena, no sin advertiros que si por acaso los señores taquígrafos me dan copia de esta oración por pasiva, pienso enviársela á D. Melquiades para que me la parodie en el hemicírculo de la Plaza de las Cortes.

¡VELAY!

(Ovación delirante, estruendosa, inmensa. Uno del auditorio, por seguir la costumbre tradicional, pide para el orador la oreja de Jorge. Este no se la deja cortar; pero si que le tiren de ella. Entusiasmo indescriptible.)

K. PELO

EL ARRASTRE es el guasón de mayor circulación.

La oreja de la afición

(Tricentésima «audición»)

No está muy lejos la época—según las cosas tauromáquicas hoy van—en que las dos orejas se darán de momio á quien acierte al buen tuntún.

✱

Hay quien queda á la altura del betún con un becerro mate... y se la dan de guagua, sin que sepa—¡voto á san!—yo la razón del agasajo aún...

✱

Si esto fuera—¡oh lector!—Majalandrín, no me parecería mal ni bien de la oreja la noble concesión...

✱

Acá no se estilaba; pero en fin, por lo que hace á este cura, que les den—no una oreja—¡aunque sea un orejón!...

EL TENIENTE CURA

ASTRONOMÍA TAURINA, por P. TROLERO

◀ ▶ ESTRELLAS CON RABO ▶ ▶



Er de Seviya.

Bien sé que la ovación la pintan carva; mas yo á por otro apéndice aquí güervo, si en la siesta d'abono me resuervo ya á no jeri bureles á mansarva...

✱

Pero, si der Tová la chota es-carba (como lo es mi cabeza), me disuervo tar qu'un grano de trigo en er aservo, tar qu'una brisna d'henó entre la parva...

✱

Si me farta la cresta y estoy carvo, no he de jineá por eso er pico corvo grasias ar cuar m'encuentro sano y sarvo...

✱

¡Veráis ustedes cómo no m'encorvo, navego entre dos agua cual un barbo y á los dos der Tová los jago porvo!...

El de Madrí.

Cabayeros, ¡á ver si va á poer ser qu'en mi tierra me dejen alternar con los qu'aquí se vién á redondear y á mi m'están haciendo enflaquecer!...

✱

Yo soy tan madrileño como «er Gayo de la Pasión», á no dudar; mas, por no ser cañi, no pueo andar solo por mis Madriles... ¡Hay que ver!...

✱

He dao pruebas de ser un mataor con redaños, vergüenza y pundonor, pa jugarme la piel en un albur.

✱

Mas saltó y vino el gayo, y el señor Mosquera á los demás nos dijo «¡abur!», ¡y abur...rido ahora güelvo á por mi honor!

E de Córdoba.

¡Grazias á Dios, zeñorez, que mi óztico dió ar fin con la palabra cabalíztica pa curá l'afección carazeríztica de loz miópez, variando zu diaznóztico!...

✱

Pa mi qu'éze ez un tío de pronóztico y un gachó d'aztitudez pa la míztica, puez con zólo una fórmula eucaríztica me jizo ver er mundo de lo aznóztico.

✱

Zi zoz parezco á uztez argo finúztico, zoz alvierto que no zoy yo tan rúztico, que no zepa lo qu'éze iconocláztico...

✱

Zoy, aemaz, un torero mu artíztico; y, en cuztión de riñonez, tan gallíztico ¡qu'er propio Zan Rafae me ve entuziáztico!...

Del corral ajeno

El toreo y la religión

Para los idólatras.

Las corridas de toros son un vicio de nuestra sangre, envenenada desde muy antiguo. Quizás hayan sido muy convenientes, y lo sean todavía, como derivativo atenuante de mayores ferocidades. Si no se tostara a los toros en las plazas, tal vez tostaríamos herejes en las hogueras inquisitoriales. Como en las antiguas y bárbaras religiones al dulcificarse sus prácticas religiosas, el animal ha sustituido a la víctima humana en los sacrificios expiatorios.

Lo incomprensible es la pasiva indiferencia, que en este caso es aprobación y asentimiento, de la Iglesia Católica ante las corridas de toros. Tan celosa en fulminar anatemas contra los errores de pensamiento más involuntarios y disculpables, no lo es del mismo modo contra estos errores de acción.

Las blasfemias y los pecados de las plazas de toros no le preocupan a la Iglesia como una sola vacilación espiritual. Diríase que todo lo teme de la inteligencia y nada teme de la brutalidad. Para la inteligencia son todos sus rigores; para la brutalidad, sus más indulgentes sonrisas.

Consecuencia de esta indulgente disposición de la Iglesia hacia las corridas de toros es el gracioso favor de las más nobles y católicas damas, que nunca protestaron contra la salvaje fiesta. ¡Ellas, todo suavidad y dulzura y sentimiento cristianos! ¡Ellas, que por menos de nada protestan contra el periódico, el libro, la comedia; ellas, que por combatir algo menos pecaminoso y anticristiano, fundan Sociedades y Ligas y Apostolados... contra las corridas de toros, nada! Asisten complacidas y autorizan con su presencia una fiesta de sangre, en la que puede muy bien morir sin confesión, en pecado mortal, un hombre, un prójimo, una criatura humana; una fiesta en que tanto se ofende a Dios y en que tanto se rebaja la dignidad del hombre.

A despecho de toda lógica, sucede entre las mujeres españolas que justamente las que menos alardean de sus sentimientos religiosos son las menos aficionadas a las corridas de toros. Las mujeres de nuestra clase media, las menos devotas, son también las menos toreras. En cambio, las damas de nuestra aristocracia, las más tocadas de devoción, son el mejor ornato de las corridas. Entre las mujeres del pueblo, también suele ir unido el fanatismo supersticioso—no es otra cosa el sentimiento religioso en la mujer del pueblo—a la furia torera. La estampa de la Virgen de la Paloma y el cromo de Vicente Pastor no suelen estar muy distanciados.

ENTRE LOS HOMBRES, TAMBIÉN PODÉIS ESTAR SEGUROS DE QUE EL AFICIONADO A LOS TOROS ES SIEMPRE UN ESPÍRITU FETICHISTA DE ESTAMPITAS, UN RETRÓGRADO SIEMPRE. Son los que no comprendieron ni amaron nunca una idea si no la vieron personificada en el ídolo, en la estampita milagrosa.

JACINTO BENAVENTE

«CANTE JONDO»

Del Cancionero popular

Para «el Gallo».

«Galán, si vienes á verme,
ven el domingo en la tarde;
sólo porque te diviertas,
tengo de formar un baile.»

Para «Mazzantinito».

«Las estrellas he contado,
por ver la que á mí me sigue;
y á mí me sigue una estrella
chiquitita, pero firme.»

Para «Manolete».

«Raíses, como l'olivo,
va ariando mi queré;
más raíses tiene ahora
que cuando lo prinicipié.»

Para el duque de Tovar.

«Mañana á la misma hora
pátese usted por aquí,
que á mí me cuesta vergüenza
decir tan pronto que sí.»

DOÑA AFICION

En la plaza de las Cortes

Petición de complicatorios.

Consta al cronista (seguimos creyendo que se dice así) que, además del presentado contra D. Taimacio Iglesias, se van á dirigir complicatorios para procesar á los diestros siguientes:

Ricardo Torres, por pinturero, farolón, amigo de exhibiciones, supersticiones y duendes de la Colegiata y pésimo matador de novillos toros, digan lo que quieran los termómetros que registran el alza y la baja de las temperaturas taurinas.

Rafael Gómez, Gallito, por los mismos, aunque más señalados defectos, en cuanto á supersticioso, toda vez que se espanta de ver un moscón, de que le nombren la bicha, de que le hablen de pastores ó de pastoras y de que se le desaten las cintas de los calzoncillos, y porque mata menos que el quinto mandamiento.

Vicente Pastor, por asadura, mal ángel, desaborido, soso, pasmado y feo (que todo hay que decirlo) Item más, por no saber para qué sirve un capote. Item más, por desconocer el valor de las banderillas. Item más, por ignorar cuál es el uso del ascensor, teniéndolo en su casa.

Manuel Megías, Bienvenida, por tener más miedo que vergüenza taurina; por no haber renunciado ya á una profesión que requiere algo que faltaba á las señoritas toreras, y por otras faltas previstas y penadas en el código que regula los crímenes perpetrados en las plazas de toros.

Rodolfo Gaona, por abusos cometidos en ocasión del ejercicio de los derechos individuales garantizados por la constitución taurina; por desaciertos observados en Madrid y Sevilla, y por autobombos hechos en la tierra de las leperitas y de las valonas, y que aquí no han cuajado, porque á nosotros no nos las dan cen jo-coqui. ¿Estamos?

Manuel Torres, por delitos contra el orden público; usurpación de funciones, calidad y títulos; uso indebido de trajes, insignias y condecoraciones, y asesinatos taurinos.

José Morales, Ostioncito, por hacer

alardes de conocimientos taurinos, siendo un perfecto ignorante, si bien su ignorancia le hace á veces ser arrojado... (Ser arrojado al tendido por los toros.)

Se han presentado también complicatorios para procesar á otros diestros. El cronista no sabe aún qué diestros son y en qué motivos de penalidad se fundan para pedirse la reclusión. Pero promete enterarse, y en números sucesivos hacerlos públicos...

ZAHORIN.

Para contar un desastre,
nadie mejor que EL ARRASTRE.

POR SI ACASO...

LAS VERDADES DEL BARQUERO

(En defensa propia.)

«...¿Qué más? El que despotrica
contra toros y toreros
y en tal sentido publica
hasta trabajos groseros,
cobró ayer lo que escribió
contra la fiesta española,
y como todos formó
en la cola...»

(De un periódico.)

Qué saber Un Servidor,
—porque le da la rial gana—
si lo qu'ha dicho el autor
de esa copliya serrana
fue po'l «Niño de la Bola»
(vulgo L'ARRASTRE); pues, ¡amos!,
aquí no nos arrimamos
á la cola...

De su peculio, ú bolsiyo,
L'ARRASTRE apoquina el precio
que l'asizne al tablonciyo
de grada don Indalecio:
qu'aquí to Cristo s'izmolá
por dar gusto á la Afición;
mas sin aproximación
á la cola...

L'ARRASTRE no «despotrica
contra toros y toreros»,
ni «en tal sentido pública
trabajos hasta groseros»;
sí qu'á la fiesta española
vamos los d'acá «arrastraos»;
mas no semos arrimaos
á la cola...

Los de L'ARRASTRE son hijos
de sus padres y sus madres;
mas no tién sus oj s'ijos
en lo qu'hagan sus compadres:
cuando sus armas esgrimen,
las meten hasta la bola,
sin que—al hacerlo—s'arrimen
á la cola...

Son tan desinteresaos,
que no cobran sus faenas;
y no saben si son guenas
ó malas (¡ayá cuidaos!);
mas tal vez su información
tauromáquica es la sola
que pasa desde el pitón
á la cola...

Coste, pues, al revistero
de ese diario de Madrí
que éstos que dicen aquí
las verdades del barquero
no serán gente de chola
cuando prosean ó riman;
¡pero tampoco s'arriman
á la cola!...

UN SERVIDOR

Leed siempre EL ARRASTRE:

Número suelto, 5 céntimos.

Idem atrasado, 10.

Admón., Divino Pastor, 22, 3.º izqda.

“PERULERIAS,”

(DEL LIBRO «MIS ÚLTIMAS TRADICIONES PERUANAS», DE DON RICARDO PALMA, EDITADO POR LA CASA MAUCCI, DE BARCELONA.)

«En 1768, D. Agustín Hipólito Landáburu terminó como empresario la fábrica de una plaza para las lidias de toros...

En la construcción empleó tres años é invirtió cerca de cien mil pesos, debiendo más tarde pasar el edificio á ser propiedad de la Beneficencia, que desde 1827 lo administra.

La plaza de Acho ocupa más espacio que el mejor circo de España (¿?) y puede admitir cómodamente 10.000 espectadores. Es un polígono de 15 lados («pentadecágono» se llama por acá esa figura) con un diámetro (será un «eje») que mide 95 varas castellanas (como la muleta del «Gallo».)

Al principio se acordó licencia sólo para ocho corridas al año, concesión que lentamente fué adquiriendo elasticidad (lo propio que los Reglamentos para la lidia aquí—). Había, además, una función llamada de encierro, con la cual terminaba la temporada. Los toros que en ella se lidiaban no eran estoqueados.

Hasta 1845 las corridas se efectuaban los lunes; de modo que, con el pretexto de los toros, disfrutaba el pueblo de dos días seguidos de huelga.

Aunque se estableció el Circo de Acho, no por eso dejaban de lidiarse toros en la Plaza Mayor en las fiestas reales y recepción de virreyes. La última corrida que en ese lugar se efectuó fué en obsequio del virrey Pezuela (1816).

☆☆☆

«Hasta 1750 en que se puso á la moda en España la escuela de Ronda (la de matar toros recibiendo, esto es, usando el diestro bandola y estoque), no hubo en Lima sino rejoneadores para ultimar á los cornúpetas.

Pocos años después vino la escuela de Sevilla, en oposición á la de Ronda, con las estocadas á volapié y la invención de las banderillas. Los progresos del arte, en la metrópoli, llegaban pronto á la colonia.

☆☆☆

«En 1770 empezaron á apargcer los listines con una octava ó un par de décimas. La cuadrilla, en ese año, la formaban como matadores Manuel Romero (el Jerezano) y Antonio López (de Medina Sidonia); cuatro rejoneadores ó picadores de vara corta, y otros tantos capeadores y banderilleros. Había, además, dos cacheteros, dos garrocheros y doce parlapanes.

Estos últimos eran unos pobres diablos que se presentaban vestidos de mojiganga. Uno de ellos llamábase Doña Maria; otro, el Monigote, y los restantes tenían nombres que no recordamos.

Había también seis indios, llamados mojareros, que salían al circo casi siempre beodos y que—armados de rejoncillos ó moharras—punzaban al toro hasta matarlo.

Los garrocheros eran los encargados de azuzar al toro, arrojando desde alguna distancia jaras y flechas que iban á clavarse en los costados del animal.

La bárbara suerte de la lanzada consistía en colocarse un hombre frente al toril con una gruesa lanza que apoyaba en una tabla. El bicho se precipitaba ciego sobre la lanza, y caía traspasado; pero casos hubo (pues para esta suerte se elegía un toro bravo y limpio) en que el animal, burlándose de la lanza, acometió al hombre indefenso y le dió muerte.

☆☆☆

«Cuando un torero desobedecía al juez ó faltaba en algo al público, se le penaba arrojándolo en el templador durante el tiempo en que aun hubiera lidia. Sólo por falta muy grave se le enviaba á la Cárcel.

Menos tolerancia había con los cómicos, pues original existe en la Biblioteca de Lima la causa seguida en 1810 contra Luisa Valverde (alias la Yuca), moza de veinte años de edad, y de mucho trueno, que desempeñaba papeles secundarios.

Copiamos de dicha causa este auto:

«Póngase presa en el cuarto de reclusión del teatro de comedias á Luisa Valverde, la cual sólo saldrá para desempeñar sus papeles en la escena; y entréguese la llave de dicho cuarto á los asentistas, para que la confíen únicamente al portero encargado de suministrarla la comida que la lleven de su casa».—Rubrica este auto el marqués de San Juan de Nepomuceno, regente de la Real Audiencia.

NUESTROS “RECURSOS,”

JUSTIFICANTE del agraciado con el billete de 25 pesetas que regaló EL ARRASTRE á sus lectores de Madrid el viernes pasado.

A las doce del día de hoy me entrega el Administrador de EL ARRASTRE la cantidad de veinticinco pesetas en un billete del Banco de España, según lo prometido en el concurso abierto por dicho periódico.

Madrid, 10 de Mayo de 1912.

Manuel Merino.

Peligros, 9.

LOS CRITICONES DE «EL ARRASTRE»

Una "siesta,, larga y tendida

◊ ◊ Orejones, no!... ◊ ◊ Peluquines, sí! ◊ ◊

¡¡Vaya calor!!!

¡Qué insupportable bochorno!
¡Qué intolerable calor!
¡Este Madrid es un horno!
¡Yo en la Plaza me abochorno,
pacientísimo lector!

Sentado en mi tabloncillo,
de grada, que es un hornillo,
me pongo a considerar
en que soy un cabritillo
sin poderlo remediar.

Se necesita valor
para, con este calor,
hacerle el juego á Mosquera
y anegarse de sudor
en esta gran chicharrera.

Y, si luego los cornudos
de Tovar resultan chotas
y los astros coletudos
no se muestran corajudos,
¡nos hemos puesto las botas!

¿Qué harán Tomás Alarcón,
y Rodriguete (Manuel)
y el «divino» Rafael?...
¿Será una combinación
pasable la del cartel?...

¿Será una corrida «fula»?
¿Pondremos de oro y azul
(y de otros varios colores)
á los niños matadores,
si cada uno es un gandul?

Pronto lo vamos á ver,
pues las cinco van á dar
(si anda bien mi remontuar),
y es hora ya de coger
los trastos de criticar...

La entrada.

La tenemos flojita al sol, especialmen-
te en el tendido número 6, y es que los
semanarios sicalípticos nos han acostum-
brado á faltar al sexto.

Los de los palcos se habrán ido á las
polcas de «ociedad» (títulos y embajadas)
ó de suciedad (Ventas y Bombilla), por-
que están vacíos la mayor parte.

En la décima grada, donde tiene asien-
to este senador por derecho propio, esta-
mos casi lo que se dice en familia.

Sólo nos falta una camilla, sin hule,
para jugar á la raposa, al tute, á la bris-
ca, á la lotería ó al dominó.

A este piso... atrás de doña Afición
(cuya vida guarde Dios pocos años) Mos-
quera, Retana y Compañía de Jesús se
quedarán solos en esta Plaza, menos de
abantos que de abastos.

La salida.

La del primer chotejo del duque de
Tovar (antes, marqués de ídem) no se de-
bió haber autorizado.

Era un cabrito huérfano, sin estampa
(¡maldita sea la...!), ni peso específico, ni
cuernos, ni cosa que lo valga.

¿Pero estos novilletos eran de Arribas,
ó de Pablo Romero ó de quién demon-
ios?...

La tempestad que aguardamos todos
(para que refresque un poquito el tiempo
y para que no sea tan frescales el empre-
sario) tronó, relampagueó y rayó... á
gran altura en cuanto salió de los toriles
aquel indecente recién nacido, que se in-
titulaba «Llorón» y que nos hizo reír á
todos en cuanto vimos su mala facha, su
poca fecha y su horrible ficha...

Era un buey de cabeza á rabo, que
apareció en el redondel porque no habrá
habido ni una mala carreta que dejara
que allí lo unciesen.

Con un trotecillo cochinerito, que ni el
del inmortal «Rocinante», recorrió todo
el perímetro del ruedo y paseó todos sus
diámetros y cuerdas, hasta que se salió
por la tangente (después de picado, es un
decir) y de banderilleado (es otro can-
tar...) en compañía de los cabestros.

El escándalo que se armó fué mayús-
culo. La juerga, propia de un saloncillo
de *variétés*, media plaza se tiró al ruedo,
por no regresar á sus patrios lares.

El toro (¡!) destripó una de las cinco
mil almohadillas que cayeron al redon-
del; y, satisfecho con esa hazaña, regre-
só á la dehesa, de donde no debiera ha-
ber salido jamás.

¡Y cuidado que el usía de tanda hizo
los imposibles por evitar tanta vergüenza
al amigo duque! Va á ser preciso variar
la suerte, y que presida (por ejemplo) el
perifoneo «omanones, hermano del To-
var ganadero».

El de la oreja.

El del bisoñé, ¡y gracias!...
En sustitución del beneficiado chotillo,
salió uno de López Navarro (con los co-
lores nacionales en la divisa).

Gallo se permite unos desplantes y ton-
terías, que no nos hacen Vázquez mella
á ninguno.

Los de á caballo y los de á pie, fusila-
bles (y me quedo corto *entocavía*).

Gallito canta, baila y toca, y lo hace
todo pésimamente. Interita tirarse al de
López, y se lo tienen que quitar los peo-
nes.

Un desarme, ¡y va medio siglo sin pin-
char!

Achuchones y arrancadas del bicho;
espantás, miedo y terror pánico del espa-
da; impaciencia general en el público...

Gallo resbala, cae y hace gestos de fa-
tiga y aburrimiento.

Un pinchazo en el pescuecete, sin sol-
tar la férrea tizona, y un recadito de
atención del alguacillito.

Otro sablazo en el pescuezo, asomando
por la pechuga el pincho.

Otro ídem íd., otros tres cuartos de
lo mismo, una intenciona de descabello
(con arrancada de la víctima) y... ¡¡¡AL
CORRAL!!!

Este es mi Gallo: el de la oreja...
Todo ello en medio de una continua
bronca y de un silbeteo universal.

¡¡¡Que lo echen!!!...
(¡Ah! El de López Navarro respondía
al nombre de «Peinador.» Muy á propó-
sito para el calvo que se ganó la oreja
de mirras asesinando el otro día á su
«Peluquero»...)

Cuando surgió el cuarto en el redon-
del, un multimillonario joven y anóni-
mo (para mí) se harta de pasarle con un
pinguito de refajo bermejo sin que nadie
consiga apagarle la incandescencia tore-
ril. Lo hizo mejor que el Gallo, ¡pa-
labral!

El presidente hubo de sacar el pañuelo
rojo, y los encargados de foguear al de
Olea (sustituto de uno de Tovar, desecha-
do) no supieron ni hacer que ardiese la
polvorilla. ¡Qué asco!

Se dirige Rafael al bicho entre univer-
sales siseos, y le torea inteligentemente
(eso sí), porque el toro humilla de un mo-
do horrible; pero con una *jinda* más des-
comun al aún que su enorme y espantable
muleta.

Un pinchazo, desde lejos y sin soltar;
media con sus *espantás* de cajón, de la
que el toro cae de hástico.

(Palmas; de los forasteros, sin duda.)

El toro se levanta; agoniza en pie; hin-
ca el pico, sin despedirse de este valle de
lágrimas; y el puntillero le hace *agüecar*.

(Palmitas y pitazos.) ¡¡¡Horrible!!!

Lo dicho:
Que se vaya, y no vuelva más.

El de Pozas

Volvió á por su honor (como se dice
en otro lugar preferente de este número)
y se lo llevó incólume en su primero.

Hizo mal en coger los palos, porque el
mansote no estaba para flores ni *floritu-
ra*; y así es que la faena rehíeteril resultó
desabrida y pesadota, no por culpa de
Tomás, sino del becerro.

A la hora de matar se lanzó decidido y
veloz al toro; hizo cosas de valentón y de
riñonudo, y arreó con un volapié de ór-
dago á todo, saliendo tropicado de em-
braguetarse y jugarse á cara ó cruz el
pellejo.

Ooación, justísima, y vuelta al ruedo.
¡Así son los madrileños castizos!

En el quinto fué otro cantar. Alarcón
brindó á la grada del 10, y el de Tovar
alzó la cabeza á la misma altura, sin que
Mazzantinito supiera hacerle que se ba-
jase.

Sus ayudantes lo consiguieron alguna
vez; pero él lo estropeaba más tarde, aba-
nicando al toro con la muleta, siendo así
que estaba más fresco que una lechuga y
buscando el bulto como quien tiene fabri-
ca de hules.

Pero e nene toreó entre los cuernos
(¡aprenda us'ed, don Rafael Gómez!) y no
le perdió la cara un instante, no.

Un pinchazo desde cerca y entrando
de pacito y sereno; media, metiéndose
con fatigas; otro pinchazo, delantero, y...

¡Bomba va!

Un ruido ensordecedor y una humare-
da *é tasi volcánica*.

¿Qué sucede?

Que se ha incendiado espontáneamen-
te el polvorín de las banderillas, que an-
tes no ardieron *ni pa Dios*.

Mazzantinito (que no se enteró de la
explosión) larga otra entera, atravesada,
y el quinto (que no hizo mala faena del
todo) cae cansado de la vida, rematándole
el puntillero.

Palmas, y lo otro. Callemos...

El de la miopía

«Yo, gallardo y calavera...»
No sé qué sea lo segundo; pero que á
gallardías le ganin pocos, es una cosa in-
discutible.

Lanceó y pareó á su primero de una
manera superiorísima.

Dijo más tarde: «Fuera todoz!», hizo
una faena de valiente, casi de heroico; y
se tiró con fe, esperanza y caridad sobre
su enemigo, arreándole una poco menos
que hasta las cintas, sólo que no muy en
su lugar que digamos.

Esto lo vió él (aunque ve tan poco); y,
sacando una banderilla, la utilizó para
que saliese el estoque, arrancándosele el
bichejo y poniéndole en peligro inminen-
te de quedarse ciego del todo y para *in-
aeternum*.

No se amilana el chico por eso, y des-
de cerquita larga otra entera, que resulta
sus *mijillas* calducha y atravesada.

Descabelló al primer golpe, y escucha
palmas; pero sin gran entusiasmo ni una-
nimidad, yo no sé por qué.

Este cordobés tiene en Madrid, por las
trazas, pocos amigos.

Se me olvidó decir que á Tomás le
agasajaron los del brindis con un ramo
de flores blancas...

Tenga usted cuidadito, joven, porque
degeneran en purgatorios (por no decir
otra cosa).

El sexto de Tovar es otro *golfillo*, sin
cédula personal de torete ni *tan* siquiera.

Pero tocan á banderillas, y el *gachó* de-
safia más que un espadachín con cartel.

Corta el terreno á los de los palos, que
da gusto (por la otra punta), y así es que
los muchachos pasan las de Caín para en-
trarle.

Lógran'o, al fin, tras de apuros y fati-
guillas; y así se lo encuentra Manolete.

Pásale con la derecha, valiente y sin
hacer ascos al regalito; y, con las prisas
de costumbre, tirase á herir sin que el to-
ro se haya despedido del mundo.

Renuncia (¡á la fuerza ahorcan!) á d-
spacharle el billete para la eternidad; y
achuchado, y entre las astas, y mentán-
dole la familia al del duque, quiere entre-
garle la bofetapara el valle de Josaphat.

El valor es Manolete (ó bien, ciego) y
por eso arrea un pinchazo el nene de
Córdoba, teniendo que salir por la cara,
por no hacerlo en una camilla.

Una hasta el pomo (con desarme) algo
de'antera, y el duquecito se desploma y
fenece sin necesidad de los santos óleos.

Palmas tibias (porque á todos nos ha
puesto de requetemalísimo humor la
siesta de abono), y los indocumentados
del ruedo le cogen á hombros y le condu-
cen hasta la puerta de caballos.

¡Tampoco!

Resumiendo...

Una novillada *isidril*, y con eso aún no
está dicho todo.

Un gallito que sabe bien cantar, y no
quiere.

Y dos pollos que quieren cantar bien,
y no saben.

Y yo, que me *najo* por el foro...

ABURRIDO

En Carabanchel

He de empezar por decir á ustedes que
la concurrencia es numerosísima. Puede
decirse que un lleno, pues quitando al-
gunos claros del siete y el seis, lo demás
está atestado de público heroico, que así
se le puede calificar á la gente que des-
preciando los inconvenientes múltiples
de la distancia y el servicio tranviario,
hace oposiciones á una plaza de inquilino
perpetuo en el Este al acudir al circo
de Vista Alegre en una tarde como la de
hoy cuando el sol compite con Agujetas
en lo de picar.

¡Y eso que el «Gallito», el último de los
diestros orejados! ¡el *artista* *golleteaba*
en la plaza de Madrid!

Los cornudos que aquí se lidiaban, te-
nían el gusto y el honor de pertenecer á
la acreditada ganadería de Branganza.

Los bichos de esta vacada se parecen
á «Mundo Gráfico», pues se distinguen y
sobresalen por sus hermosas lánmas.

Pueden atestiguarlo las fotografías que
la Empresa coloca previamente por los
escaparates del comercio madrileño para
atraerse á la afición... y asegurar el lleno,
que es lo que se trataba de demostrar.
Esto nos prueba que si el público va hoy
á la plaza es por los toros, no por los to-
reos.

¡A lo que ha llegado nuestra fiesta na-
cional!

Pero dejémonos de prefacios y pase-
mos á hacer el resumen de lo que fué la
corrida carabanchelera.

Actuaban de matadores Enrique Var-
gas, José Moreno y Pepe Morales.

«Minuto», con el capote y la muleta,
nos demostró que *da la hora*.

En su primero, al que no pudo lancear
porque el toro le despreció por insignifi-
cante, hizo una faena valiente, que fué
la mar, porque hubo *oleadas*, quiero de-
cir el coro consabido de *olé* de que tanto
se abusa ahora.

Al matar propinó cuatro pinchazos y
acabó colocándole una media.

A su segundo le dió capote á todo tra-
po y derrochó filigranas que convirtieron
el circo en un plantío de palmeras. Bro-
taron palmas de todas partes.

Después ¡cosas del público! se pidió
que le dieran dos palos; y le pareó bien
en colaboración con Ostioncito.

Con el trapo rojo estuvo colosal.

Uno de los pases se lo dió sentado en
el estribo, y otros de rodillas.

Matado, ya dejó de ser Minuto.

Fué un siglo lo que tardó en despenar
al paciente Branganza.

Lagartijillo chico veroniqueó muy bien
al «Cestero», que así se llamaba el primer
bicho.

Con el estoque se precipitó demasiado
y recetó una corta, sin hacer caso de la
reunión, por lo que la reunión no le que-
dó muy agradecida.

No obstante, hubo aplausos abundan-
tes y merecidos.

Al quinto lo cuadró con más brevedad
que un oficial irascible, y lo despachó de
una entera, un poco contraria.

Ostioncito, en el tercero, bien capo-
teando, y regular matando.

En el segundo suyo, último de la tarde,
consiguió hacerse aplaudir con el capote
y lo mandó al otro barrio de una entera.

Este toro saltó por la barrera en el
uno, sembrando el pánico más horroroso
entre las asistencias y las autoridades.

¡Con razón le bautizaron con el nom-
bre de «Espantavivos»!

Hubo tres cogidas: la del banderillero
Bonifa, y los picadores Utrera y Melones
chico, la de este último aparatósima.

Afortunadamente, ninguna de grave-
dad.

Los demás, bien.

En total, una corrida buena que dejó
excelente sabor de boca en el público.

DON TIMITO

Cuentos tártaros

de EL ARRASTRE

Regalo de boda

I

Era por los años aquellos en que los diestros cordobeses Rafael González «Machaquito» y Rafael Molina «Lagartijo» no habían tomado aún la alternativa de matadores de toros, y volvían loca a la afición toreando en competencia en las novilladas.

Las empresas taurinas se disputaban la contrata de los simpáticos y valientes novilleros, y las plazas rebotaban de público cada vez que «Machaquito» y «Lagartijo» figuraban en los carteles.

El arte estaba próximo a entrar en el período de decadencia a que hoy ha llegado.

Por estas circunstancias, los aficionados al espectáculo nacional saludaron con júbilo la aparición de Rafael González «Machaquito» y Rafael Molina «Lagartijo» en las plazas, y por eso las empresas, conocedoras del negocio, contrataban a los muchachos cordobeses.

No era, sin embargo, solamente por su entusiasmo y decidida vocación al arte por lo que «Machaquito» y «Lagartijo» ponían tanto empeño en cumplir bien en cuantas plazas salían a torear, sino que también les estimulaba en su labor la competencia que les hacían «Gallito» y «Revertito», otros dos jóvenes de su misma edad que de Sevilla salieron con los mismos redaños e iguales energías que habían salido los de Córdoba.

En aquella época, pues, en que más apasionada era la competencia artística entre sevillanos y cordobeses, llegaron éstos, ventajosamente contratados, a una capital de provincia.

Hízoseles, como era consiguiente, un recibimiento cariñoso, y «Machaquito» y «Lagartijo», cuyas simpatías personales eran muchas, a causa sin duda de su poca edad, fueron traídos y llevados por toda la población, que con motivo de la fiesta estaba muy animada.

Con el objeto de que el espectáculo resultara lo más brillante posible, las señoritas más aristócratas fueron invitadas a regalar y adornar los rehiletes y las moñas, que habían sido expuestos en el salón de baile del casino, por donde desfiló una muchedumbre inmensa para admirarlos.

La suerte quiso que, cuando Rafael

González y Rafael Molina llegaron a la sala donde las moñas y los rehiletes se exponían, estuviese allí, acompañada de personas de su familia, Blanca de la P***, angelical criatura de diez y seis años, hermosa y esbelta, cuyos encantos eran la admiración de los señoritos y aun de muchos señores de avanzada edad de la población.

«Machaquito» la vió, y, embelesado ante la interesante figura de la gentilísima núbil, empezó a requebrarla.

Turbóse la chiquilla, y sintió satisfecha su vanidad de mujer hermosa ante los requiebros y frases galantes de «Machaquito».

Aquella noche Blanca no logró conciliar el sueño. Mil fantasmas vagarosos cruzaron por su imaginación juvenil, entre los cuales destacaba siempre la arrogante figura de «Machaquito», cuyos elogios resonaban aún en sus oídos como sublime melodía de arcángeles y querubines.

Llegada la hora de la corrida, Blanca se hizo vestir sus mejores galas, y, anhelosa e impaciente, se hizo conducir al circo, donde ocupó uno de los asientos preferentes.

II

Jamás, como entonces, ofreció la plaza un aspecto tan brillante. La alegría rebotaba en todos los corazones, y la sonrisa estaba en todos los labios.

Unicamente Blanca de la P*** estaba triste, sin que la dicha ajena lograra animar un solo instante la luz que parecía extinguirse en aquellos hermosos ojos tan retozones siempre, y tan melancólicos aquella tarde, pero siempre negros, muy negros, como la pena que la repentina pasión amorosa le causaba.

Afortunadamente, la valentía que desde el primer momento demostraran los chiquillos aquietó por completo el ánimo de los pusilánimes, y la corrida fué un triunfo grandísimo para los entonces competidores de «Gallito» y «Revertito».

Blanca, la pobre niña enamorada, que desde que se presentó en el ruedo «Machaquito» no pudo apartar de él la vista, temblaba como una azogada cada vez que el diestro se abría de capa ante las reses, o bien con la muleta y el estoque se disponía a matar.

¡Qué tarde más angustiosa! ¡Qué horas más amargas las que pasó aquella criatura en la fiesta! Sólo tuvo un momento de satisfacción, pero de satisfacción grandísima, que hizo que subieran los colores a su carita pálida y ojerosa.

Fué el momento aquel en que «Machaquito», después de dar al tercer toro lucidos lances de capa, le arrebató hábilmente la moña, obsequio de Blanca de la P***, y como dió la casualidad de que al diestro no se le ocurriera coger más moña que aquella, la pobre niña llegó a creerse que si Rafael González había mostrado aquel empeño era por tratarse precisamente de la moña que ella había confeccionado.

«Machaquito», al arrancarle la moña al tercer toro, la arrojó al tendido, precisamente al tendido sobre el cual estaba el palco en que Blanca presenciaba la fiesta, arrojándose a la niña que en el pensamiento del lidiador había estado la idea de enviarla a ella aquel trofeo, y sus ojos se animaron un momento con la sensación gratísima del amor correspondido; pero esto no eran más que ilusiones que la calenturienta fantasía de Blanca se forjaba, porque ni «Machaquito» supuso que nadie se interesara tanto por él, ni reconoció entre las espectadoras a la bellísima joven a quien la tarde anterior había requebrado en el Casino.

Y terminó la corrida, de la que todos quedaron complacidos, y Blanca no volvió a ver a Rafael González más que en los periódicos ilustrados que publicaban su fotografía; pero lo amaba siempre y tan constantemente pensaba en él, que llegó a enfermar, alarmando a su familia.

Blanca guardaba cuidadosamente el secreto de su amor; pero, como el amor ni el dinero pueden estar ocultos, los padres, asustados ante la palidez e inapetencia de la niña, llegaron a preguntarle un día si estaba enamorada, y dedujeron de la vaguedad de las respuestas cuál era la causa de aquella misteriosa enfermedad, que no había médico que entendiese ni curase.

Blanca negóse en absoluto a declarar el nombre de la persona de quien tan apasionadamente se había enamorado, y los medios que sus padres emplearon para descubrirlo fueron completamente inútiles; pero un día, y cuando menos se pensaba, una circunstancia imprevista puso la cuestión en claro, con gran sentimiento de Blanca, que había hecho propósito de no revelar a nadie su pasión por «Machaquito».

—¿Os acordáis—dijo una tarde el padre de Blanca al llegar a su casa con un periódico en la mano—de aquellos niños cordobeses que torearon aquí la corrida patriótica?

—¿De «Machaquito» y «Lagartijo»?

preguntaron al pronto varias personas de la familia.

—Sí; ¿qué les pasa?

—Que a uno de ellos lo ha cogido un toro y está muriéndose.

—¿A cuál de los dos?—preguntó ansiosamente y con los ojos descajados Blanca.

—A «Machaquito».

—¡Jesús!—dijo la niña en un grito de suprema angustia, y cayó desmayada.

El golpe había sido tan terrible que Blanca estuvo varios días luchando entre la vida y la muerte, repitiendo sin cesar en su delirio el nombre del diestro.

III

Rafael González «Machaquito», que hace mucho tiempo que tomó la alternativa de matador de toros en la plaza de Madrid, se ha casado recientemente en Cartagena con una distinguida y hermosa señorita.

A la boda, que ha sido un gran acontecimiento del que ha hablado la prensa de toda España, han asistido muchísimas personas conocidas en la literatura, en la política y en la tauromaquia, que han obsequiado a la enamorada pareja con multitud de joyas y objetos valiosos.

Entre los infinitos regalos que con motivo de su enlace ha recibido el famoso y valiente diestro, figura una moña de plata y oro, maravillosamente labrada, y que es indiscutiblemente obra genial de algún artista prodigioso, según el parecer de los peritos que la han admirado.

Dicho regalo llegó a poder de «Machaquito» el día mismo de su enlace, y con el regalo una tarjeta en que el diestro, asombrado, leyó la siguiente dedicatoria:

«A Rafael González «Machaquito». Recuerdo de la admiradora que más lo quiere, y que mayor felicidad le desea.»

El diestro de Córdoba no ha conseguido averiguar quién es la admiradora incógnita que tan valioso obsequio le ha enviado; pero el lector puede suponer que no es otra que Blanca de la P***, que, a pesar de los años transcurridos, no ha podido curarse de su amor, y próximamente ingresará en un convento, donde día y noche rogará a Dios por la felicidad de Rafael González, quien continúa ignorando que exista en el mundo persona que tan apasionadamente le ame.

PRIMORES

Imp. y Lit. EL PORVENIR

MARTÍNEZ DE VELASCO Y COMPAÑÍA

PÍZARRO, 15.—TELÉFONO 3.414.—MADRID

Cuentos tártaros del toreo

Colección completa de reseñas y cornigramas de la Península y Extranjero, en que siempre se «desagerran» los gestos, gestas, hazañas, proezas y heroicidades de los ternos y ternos de luces que le dan alguna a los «coronistas».

Títulos de los volúmenes en prensa:

I. EL INFUNDIO.—II. ¡VIVA EL EMBUSTE!—III. ¡ANDE LA CAMELANCIA!—IV. TEORÍA DEL CUMPLYMENTO.—V. ¡BUENO! (No hay quinto malo).—VI. ¡NO FORNICAR!

Los pedidos al director de LIDIA:

PLAZA DE LA VERDAD (mentírala)

frente al Mentidero de los corresponsales taurinos.—Sucursales en todas las demás Plazas.

Anuncios relampaguitos

Orejas de momio, guagua ó rositas para galitos de pelea pelones. Tapan los claros de la calvicie. Cuando se trata de ellas, asoman la suya respectiva los que hacen a pluma de gallo inglés y a pelo postizo de español. Como «nos» concedan alguna en la extraordinaria, nos van a oír con ella los sordos. Zorrilla (antes, «idem»), 69, bajo centro, interior.

Avisos útiles para toreros «malvenidos» ó «bombeados». Los dan los alguacillos, gratis.—De los «avisados» es el reino de la Mosquera.—Callejón de la Mezquita taurómaca, números 1 al 10 (ambos inclusive).

Bombas números 2 y 3, de enfilamiento sin perfilar, se despachan en la Avenida de Tomares.—El número 1 se «lució» no hace mucho en México; pero aquí no hay traje de luces que le venga bien a esta marca.

Pastores para Nacimientos, de barro, escaiola y porcelana. Queda uno ¡de oro!, que se da barato por haber perdido ya su antiguo valor ese vil metal.—*Divino Pastor*, número 100. Sucursal en la calle de Embajadores. (No hay ascensor.)

La glosopeda ó enfermedad epizootica del ganado (que está ahora perdido por su causa), cúrase con la oportuna intervención del veterinario municipal.—Exposición de meter la pezuña enferma en los corrales de la Plaza.—Pidase informes al cegato de las gafas de oro.

De sañre a DESASTRE no va nada.—Trajes de luces para los que están a obscuras cuando brindan a los del sol.—Sastrería «La Gran BRETANA», Príncipe de Micomicón, 3 al cuarto piso.

Casa de TOMAS Alcorcón.—Se ofrece un siniestro diestro para dirigir becerradas y banderillar chotos recién salidos del maternero claustro.—Para otra clase de corridas, déjese aviso al interesado en cualquier cervicería de poco pelo (como *El Gallo*) ó café cantante a veintito.

Benjumeol. Virus específico para atenuar la rabia de los toreros sin pezuña.—Se envía, con talón de ida y vuelta y con pelo de la dehesa de «Benjumeol», a los toriles que lo deseen.—Marca de fábrica: «¡El demonio que los vea!»

EL ARRASTRE

Se publica a la mañana siguiente de los días en que haya corrida de abono en esta Plaza.

Suplementos cuando se dé corridas extraordinarias ó ocurra algún suceso taurino de gran interés para la afición.

##

EL ARRASTRE es el Juan Palomo de los periódicos profesionales y no admite originales literarios ni artísticos.

##

Número suelto: 5 CÉNTIMOS
Idem atrasado: 10 id.

##

Toda la correspondencia al Administrador: Calle del Divino Pastor, núm 22, 3.º izquierda.